El País. 9 de Abril,1987.

FLAMENCO

Música 'jonda', música culta

Manolo Sanlúcar

IV Cumbre Flamenca. Con Isidro y Vicente Amigo (guitarras); Jaime Muela y José Oliver (flautas); Vicente Morán (oboe); Dolores Ortiz, Alicia Lorenzo y Susana Fernández (violines); Queti Uguidos (viola); José María Redondo (violonchelo). Teatro Alcalá Palace. Madrid, 7 de abril.

A. ÁLVAREZ CABALLERO

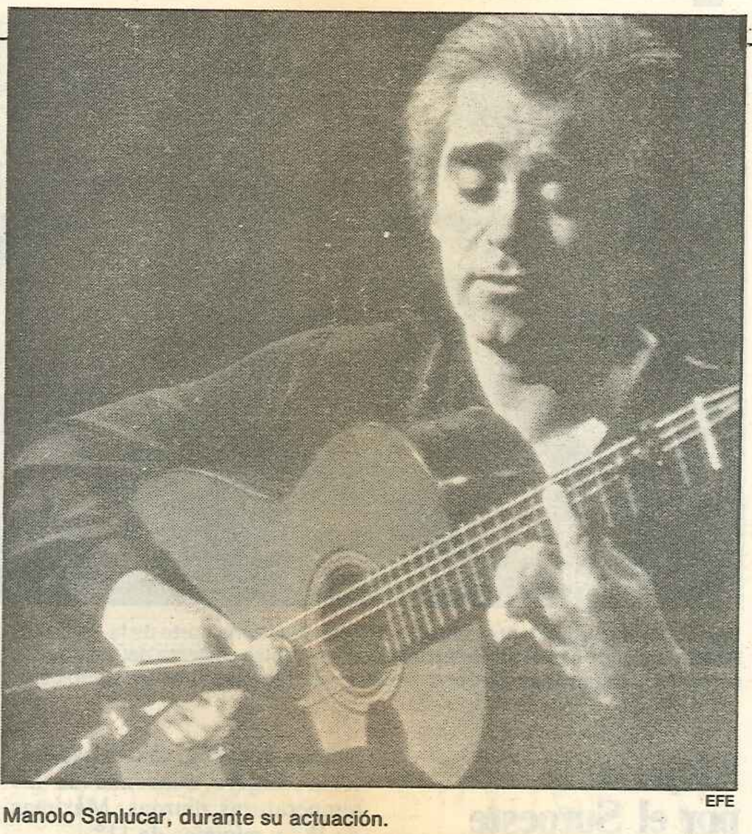
Trebujena es una nueva aproximación del flamenco a la música que llamamos culta. Concierto para guitarra y orquesta de cámara en re mayor, lo denomina su autor, Manolo Sanlúcar.

Hay que decir, antes que nada, que es una obra hermosa, sensible, en que la guitarra flamenca de Sanlúcar tiene ocasiones múltiples de expresarse con una intensidad y una emoción verdaderamente admirables, singularmente en sus tiempos segundo y tercero.

El público, que había reaccionado con una cierta frialdad, justificada, ante una primera parte de Salúcar un tanto distante y mecánica, vibró con entusiasmo al finalizar *Trebujena,* obligando al músico a la concesión de varias *propinas,* entre las que hay que destacar una improvisación por rumba con Paco de Lucía, quien se hallaba en el patio de butacas y fue llamado al escenario por Salúcar.

Arte individual

Trebujena plantea, una vez más, el viejo problema de la asimilación de la música flamenca a otro tipo de músicas. Un problema siempre difícil de resolver satisfactoriamente. Porque el flamenco es un arte rabiosamente individual: la voz —una voz— para el cante, la guitarra —una guitarra— para el toque. si añadimos más voces, o más guitarras, más intermediarios en definitiva, se va perdiendo irremediablemente la intensidad de lo *jondo;* y si entran otros instrumentos lo flamenco se diluye más aún.



EFE

Manolo Sanlúcar, durante su actuación.

En *Trebujena* ésto que decimos es perfectamente detectable. Si la guitarra de Manolo Sanlúcar en solitario teje constantemente páginas de belleza impresionante, cuando entran los otros instrumentos no es lo mismo. Hay, pues, una clara disociación entre ambas músicas; la orquesta de cámara *arropa* al flamenco, pero no se produce la obra unitaria, con naturaleza propia, que hubiera sido deseable.

La experiencia, en cualquier caso, hay que valorarla muy positivamente. Es, como dijo Sanlúcar en sus palabras de agradecimiento al público, una puerta más al flamenco, arte tan rico que ofrece todavía mil posibilidades inéditas. Una puerta a través de la cual habrá que seguir explorando, y si se hace con la dignidad y el fervor demostrados en esta ocasión por Manolo Sanlúcar, será para bien. De ello estamos seguros.

Trabajos como el de Manolo Sanlúcar y otras personalidades del mundo del flamenco vienen confirmando que este arte no está momificado sino que exige nuevas aportaciones y nuevas ideas. Lo difícil es que esto se haga sin romper las peculiares esencias de lo *jondo*, que es justamente el caballo de batalla de quienes ante todo quieren defender lo que se ha venido llamando pureza.

Hace días oíamos el piano de Pepe Romero en una línea semejante a la de Sanlúcar. Algo se mueve en esta ecuación música *jonda*, música culta.